siesen á los tiros de los enemigos de la verdad, ya para darles varias noticias á fin de que estuviesen alerta contra sus sorpresas. En el siguiente capítulo copiaremos algunas cartas que escribió este gran siervo de Dios á varios obispos, y en ellas se verá como supo conciliar el respeto debido á su dignidad con las caritativas advertencias que les hacia en obsequio de sus personas; siempre sus palabras y sus acciones llevaban por compañeras la humildad, la discrecion, la prudencia y la caridad.

Mas como poco valen los esfuerzos y la industria de los hombres si no les ayuda el poder del cielo, quiso Vicente, poniendo toda su confianza en Dios, recurrir y que cada uno recurriese á la oracion, para que se dignase el Señor mirar con ojos de misericordia á su Iglesia, y no permitir que el espíritu de error y de mentira se estendiese mas entre los fieles. Decia que las armas mas poderosas para combatir los errores que se divulgaban, eran la oracion y la práctica fiel de las virtudes opuestas á los vicios de los que se empeñaban en sostenerlos; que al orgullo y alto concepto que tenian de sí mismos, era necesario oponer una profunda humildad; á los elogios que mendigaban y que mutuamente se hacian, un amor á la abyeccion y al menosprecio; la rectitud y sencillez de corazon, á los artificios, disfraces, falsedades é imposturas de que se valian para encubrir sus errores y disminuir su deformidad; en fin, una ardiente caridad que no pudieran apagar las corrompidas aguas de las contradicciones, murmuraciones y calumnias que el espíritu de la mentira emplea siempre para oprimir y sofocar la verdad.

Frecuentemente se le oia decir y repetir lamentándose, que temia mucho que la causa del golpe que habia recibido la Religion con la nueva heregía, fuese la corrupcion de costumbres y los desarreglos que se notaban en la vida de los habitantes de aquel reino, quienes siendo cristianos, vivian segun las máximas mas opuestas al Evangelio de Jesucristo; y que si no trataba cada uno de corregirse y apaciguar la justa ira de Dios, debia con fundamento temerse el efecto de una amenaza semejante á la que hizo á los judios, de quitarles el reino de Dios y colocarlo en otras naciones que mejor lo apreciaran; que á la vista está el triste ejemplo de otros reinos en que floreció tanto la religion y la piedad, como la Inglaterra, la Dinamarca, la Suecia y una gran parte de

la Alemania, los cuales por un justo juicio de Dios habian caido en la heregía; que la desgracia de los reinos vecinos, debia hacer que fuese aquel circunspecto; y en fin, que como la fe era un don de Dios que habia concedido al género humano por los méritos de la sangre y muerte de Jesucristo, debia apreciarse sobremanera y conservarse con esquisito cuidado.

CAPITULO XXIII.

Continúa el mismo asunto.

Bien pudo el siervo de Dios Vicente decir con el Santo Job, á causa de los errores que perturbaron la tranquilidad de la Iglesia en este siglo, que le habia acontecido aquello que mas habia temido, y que se habia visto empeñado en un lance que siempre por tan peligroso habia mirado con temor. [1]

«Toda mi vida, decia una vez á su comunidad, he tenido «miedo de encontrarme con el nacimiento de alguna heregía. «Veia el gran daño que habia hecho la de Lutero y Calvino, y «cuántas personas de toda clase habian chupado el pernicioso «veneno, queriendo gustar la falsa dulzura de sus pretendidas «reformas; mi temor ha, pues, consistido en hallarme iniciado «en los errores de alguna nueva doctrina sin tener conocimien«to de ello, y por eso, repito, siempre temí esto.» Y mas de una vez dijo lo mismo á diversas personas virtuosas y de su confianza.

Pero dispuso Dios por particular providencia que sucediese á su siervo lo que tanto habia temido, permitiendo que en su tiempo naciera en la Iglesia el Jansenismo, y aun mas, que Vicente de antemano tuviese amistad con uno de los principales autores de la secta; esto sin embargo sirvió para hacer resplandecer mas la fe y el vigor de su zelo, y poner en la Iglesia una columna de fierro y un muro de bronce para sostener y defender la verdad.

1 Timor quem timebam evenit mihi; et quod verebar accidit. *Job.* III.

Queriendo Dios prepararlo y ponerlo á cubierto del contagio de los nuevos errores, permitió que antes que estos tuviesen publicidad, contrajese Vicente particular amistad con un abate originario de su provincia,[1] el cual fué condiscípulo de Jansenio en la Universidad de Lovayna, y cuando volvió á Francia lo trajo en su compañía para hacerlo su confidente, y propagar poco á poco en conversaciones familiares, la doctrina que habia concebido para reformar, segun creia, la Iglesia en su disciplina y en algunos puntos de fe. Ningun lugar le pareció mas á propósito que Paris para sembrar sus errores, pues en esta ciudad encontraba muchas personas en disposicion de escucharlo, ya por un movimiento de curiosidad, ya por darse importancia de instruidos en una nueva doctrina desconocida, segun decia su autor, por muchos siglos á todos los doctores escolásticos.

Viendo Vicente la general estimacion que todos tenian al abate por su erudicion y otras buenas cualidades que le suponian, creyó que su conversacion no podia menos de ser provechosa á él y á los de su Congregacion, que entonces se hallaba en la cuna; y con este intento comenzó á frecuentar sus relaciones con el abate, pues como industriosa abeja queria sacar la miel de la buena doctrina y escuchar los buenos consejos de su nuevo amigo: por su parte el abate tambien estimaba en mucho las relaciones de Vicente, pues se prometia hacerle chupar el veneno de sus errores para que lo comunicase á su Compañía, y como diligentes operarios sembrasen y derramasen por todas partes la mentira. Y como veia tan buena disposicion en Vicente para escucharlo, comenzó á descubrir muy poco á poco sus máximas, mezclándolas con otras tan buenas y santas, que si el espíritu de Vicente no hubiese sido tan esclarecido en la verdadera luz, dificilmente hubiera conocido el error.

Muy pronto comenzó el siervo de Dios á admirarse de los principios de una doctrina tan nueva, y esto le hizo meditar y sondear el corazon del abate, cuyos sentimientos ya le fueron pareciendo sospechosos y perjudiciales. Haciendo un dia recaer la conversacion sobre un punto de la doctrina de Calvino, quedó admirado Vicente al ver que sostenia el buen abate el error

2 Abelly habla aquí del famoso abate de San Cyran, que era natural de Bayona.

de ese heresiarca; y como le manifestase que la doctrina de Calvino estaba ya condenada por la Iglesia, respondió el abate: « Que Calvino habia defendido mal una buena causa, " añadiendo estas palabras: *Benè sensit, malè locutus est.*

En otra ocasion, en que defèndia con calor el abate una doctrina condenada por el Concilio de Trento, creyó Vicente que la caridad le obligaba á hacerle algunas advertencias, y así le dijo: « Avanzais demasiado, Señor; pues qué, ¿ quereis que dé yo « mas crédito á un doctor particular, como sois, sujeto á engaño, « que á toda la Iglesia, que es la columna de la verdad? Ella « me enseña una cosa, y me sosteneis otra contraria; y ¿os atre- « veis á preferir vuestro dictámen al de las mejores cabezas del « mundo, y de tantos ilustres prelados que reunidos en el Con- « cilio de Trento decidieron este punto?—« No me hableis de ese « Concilio, respondió el abate, porque no fué mas que un conci- « lio del Papa y los escolásticos, en que solo hubo facciones y « cabalas. " Tan temerarias palabras de un espíritu embriagado de amor propio, obligaron á Vicente, que profesaba un profundo respeto á todas las decisiones de la Iglesia, á conducirse con mucha circunspeccion con este hombre, cuya conversacion consideraba muy perniciosa, y aun á alejarse para siempre de él si continuaba manifestando los mismos principios, lo que verificó á consecuencia de los siguientes acontecimientos.

Habiendo ido un dia á visitarlo, lo encontró en su cuarto leyendo la Biblia, y por temor de interrumpirlo, permaneció en pie algun tiempo sin hablar nada; pero mirándolo el abate, le dijo: « ¿Veis lo que leo, señor mio? La Sagrada Escritura. " Y con este motivo comenzó á querer convencer á Vicente con largos discursos de que Dios le daba una perfecta inteligencia de la Escritura, y que su espíritu abundaba en luces para esplicar los testos sagrados; y llegó á tal punto, que decia que la Biblia era mas profunda y clara en su cabeza, que en sí misma. Palabras que Vicente repitió á varias personas, asegurando ser las mismas del abate.

Otra ocasion en que Vicente fué á visitarlo, lo encontró encerrado en su gabinete, y luego que salió, con aire risueño le dijo: « Confesad, señor abate, que acabais de escribir algo de lo « que Dios se ha servido inspiraros en la oracion de esta maña-

«na." A lo que contestó el abate: «Sí; confieso que Dios me ha «inspirado y me inspira nuevas luces, pues me ha dado á cono-«cer que ya no existe la Iglesia." Sorprendido Vicente con esta respuesta, volvió el abate á decir: «No; ya no hay Iglesia: «Dios me ha hecho conocer que hace mas de quinientos ó seis-«cientos años que no existe. Antes de esta época era la Igle-«sia un gran rio con cristalinas aguas; pero ahora lo que nos «parece Iglesia no es mas que un cenegal: el lecho de este her-«moso rio existe aún; pero sus aguas han desaparecido." «¿Có-«mo, contestó Vicente, pretendeis dar mas crédito á vuestros «sentimientos particulares que á la palabra de Jesucristo, que «dijo que edificaria su Iglesia sobre la piedra, y no prevalecerian «contra ella las puertas del infierno? La Iglesia es la Esposa de «Cristo, jamas la abandonará, y el Espíritu Santo la asistirá siem-«pre." El abate le respondió: «Es cierto que Jesus edificó su «Iglesia sobre la piedra; pero tambien lo es que hay tiempos de «edificar y tiempos de destruir. Era su Esposa; pero ahora es «adúltera, y por eso la ha repudiado, y quiere que se substituya «con otra que le sea mas fiel." Vicente le manifestó que se es-taba separando mucho del respeto que debia á la verdad, y que desconfiase enteramente de su espíritu, porque estaba preocu-pado de perversos sentimientos; y despues de algunas otras palabras se separaron.

Refirió Vicente en varias ocasiones estas entrevistas con el abate á los de su Congregacion y á otras personas; pero siempre manifestando no poco sentimiento y dolor por la ceguedad de los nuevos hereges, y guiado por un movimiento de caridad para evi-tar el contagio é inspirar el recelo con que los de su Congregacion debian oirlos.

Temeroso Vicente de que ciego el abate por la vana opinion de sus talentos, y guiado por el espíritu de presuncion y soberbia, se precipitase en alguna heregía, y consigo arrastrase á otros mu-chos, determinó, obedeciendo las leyes de su antigua amistad y de la caridad cristiana, hacer un esfuerzo para reducirlo al buen camino, empleando la correccion fraterna. Y así se fué un dia á hacerle una visita, en la que comenzó preparando su espíritu con acomodados razonamientos, para despues aplicarle el remedio que se proponia emplear: hablóle en seguida de la obligacion

que tenia de someterse al juicio de la Iglesia y del respeto y con-sideracion que se debia al Santo Concilio de Trento: descendien-do despues á proposiciones particulares, que erróneamente que-ria sostener, le hizo ver que siendo contrarias á la doctrina de la Iglesia, no tenia razon de meterse en un laberinto de errores, y menos en querer que él y toda su Congregacion los abrazasen, y que le suplicaba por nuestro Señor Jesucristo, que cuanto antes saliese de tan deplorable estado. Se ignora lo demas que en esta entrevista pasó; solo se sabe que le habló Vicente con tal ener-gía, que nada tuvo que responder: pero con todo, el abate no pu-do digerir una advertencia que le causó profunda impresion, y por eso al cabo de un mes que se hallaba ya en su abadía, escribió á Vicente una larga carta, de la que copiaremos algunos trozos.

«Por esa disposicion á la humildad que existe en el fondo «de vuestro corazon para creer lo que en los libros sagrados se «encuentra, creia que nada seria mas fácil que convenceros «por vuestros propios ojos de lo que ahora detestais como er-«ror: pero cuando en el discurso de vuestra fraterna amones-«tacion oí que á las cuatro correcciones anteriores agregabais «la quinta, porque una vez os dije que deseaba, por haceros un «servicio y á toda la Congregacion, formar una serie de artí-«culos sobre asuntos de vuestro instituto, no creí que era la «ocasion á propósito para contestaros, y sufrí sin grande es-«fuerzo esto de un hombre que por mucho tiempo me habia «honrado con su amistad y tenia en Paris muy buena reputa-«cion. Solamente me admira ver, que siendo como sois, tan «dulce y reservado en todos los negocios, hayais aprovecha-«do la ocasion del levantamiento que hay contra mí, para uni-«ros á los demas y oprimirme; agregando á las demasías de «otros el haber venido en persona y á mi propia casa á ata-«carme; cosa que ninguno se ha atrevido á hacer. Puedo ase-«guraros que ninguno de esos señores prelados que tanto fre-«cuentan vuestra casa, dejaria de admitir mis opiniones, y »aun de autorizarlas con su dictámen, si quisiera yo hablarles «con algun espacio; pues tan lejos de oponerse, quedarian con-«tentos y agradecidos."

Y despues de estos desahogos de su bilis alterada y de la pre-

suncion de su espíritu que no le dejaba aprovecharse de las advertencias caritativas de su fiel amigo, agregaba al fin de su carta:

«Queria quitaros ciertas prácticas, que si siempre he tolera-
«do en vuestra disciplina, es porque os veia muy adicto á ellas
«y muy resuelto á no abandonarlas por haber sido autorizadas
«por la opinion de los personages con quienes consultabais. Pero
«despues de lo que ha pasado, no tengo embarazo en deciros, que
«segun mi opinion, no son aceptas á Dios, porque solo pueden
«hacerse con un espíritu de sencillez, que es tan raro, que de él
«puedo decir lo que un bienaventurado de nuestros dias ha di-
«cho respecto de los directores de almas, y es, que entre diez mil
«apenas puede encontrarse uno solo que verdaderamente lo sea.
«Solamente, digo, ese espíritu de sencillez puede hacerlas escu-
«sables ante Dios; tendré sin embargo la paciencia que él mis-
«mo ha tenido de dejaros obrar, y permaneceré con la misma
«disposicion que hoy he manifestado de serviros en ello por con-
«descendencia, ya que no he podido por entera aprobacion."

Bastante claramente se manifiesta por esta carta que las intenciones del abate eran insinuar sus máximas en el corazon de Vicente y propagarlas á toda su Congregacion de la Mision; mas por una especial proteccion, Dios ha librado al padre y á los hijos del contagio de estos errores, y los ha mantenido siempre firmes en las creencias ortodoxas que enseña la Iglesia.

Como este abate persistiese en propagar secretamente su doctrina, dispuso el rey que se pusiese en prision, y al verificarlo se recogieron todos los papeles que tenia, entre los cuales se encontraba el borrador de la carta que acabamos de referir, la que se divulgó en esta ocasion, y aun en el interrogatorio se le hicieron varias preguntas sobre las entrevistas que habia tenido con Vicente. Habia fundadas esperanzas para creer que su encarcelacion humillase su orgullo y le hiciese conocer sus errores; pero no fué de larga duracion, pues sus partidarios consiguieron á fuerza de ruegos que en breve le pusiesen en libertad, y poco despues por juicio secreto de Dios pasó de esta vida á la otra.

Por la misma época se publicaron dos perniciosos libros que habian pasado por las manos del abate: uno, en que se intentaba probar que San Pedro y San Pablo habian recibido de Dios igual poder para gobernar la Iglesia, con el fin de impugnar de este

modo la unidad del gefe de ella; y el otro, el *Augustinus* de Jansenio que tanto ha llamado la atencion, y dió origen á los partidos que se levantaron en Francia y en la Iglesia. Y como conocia muy bien Vicente la fuente perniciosa de esta doctrina, creyó que era de su deber oponerse y hacer cuanto pudiera para solicitar la condenacion de ella.

Escribió con tal objeto el 4 de Octubre de 1646, la carta siguiente á cierto cardenal.

«Humildemente ruego á V. E.ma me dispense que le remita
«algunos escritos contra la proposicion de *Las dos cabezas de la Igle-*
«*sia San Pedro* y *San Pablo*, que ha compuesto uno de nuestros mas
«sabios teólogos, que quiere ocultar su nombre. En una Gaceta de
«Roma he leido que en esta ciudad actualmente se ocupan en el
«exámen de ese libro, y que dos doctores de la Sorbona que allí
«están, pretenden probar que esas opiniones que contiene dicho
«libro son las que sostiene su facultad; pero esta, noticiosa de
«que se le atribuyen tales ideas, se ha reunido y enviado al nun-
«cio dos diputados para desmentir ese dicho de los doctores de
«Roma, y suplicarle que haga cuanto pueda para que en el
«próximo número de la Gaceta se publique que la Facultad es
«de opuesto sentir.

«Quiere el buen y virtuoso teólogo que me ha traido estos
«escritos, que por mi conducto vayan á Roma, á fin de que lle-
«guen á manos de las personas á quienes Su Santidad haya nom-
«brado para que examinen el libro; pues en dichos escritos es-
«tán los testos con que se trata de probar la igualdad de San Pe-
«dro y San Pablo, y la refutacion de ellos sacada de los mis-
«mos autores que se citan."

A consecuencia de esta carta, la Santa Sede condenó el libro de *Las dos cabezas*, y con esto tuvo Vicente el consuelo de recoger el fruto de sus afanes.

En cuanto al libro de Jansenio, muy pronto conoció Vicente que no era otra cosa mas que la doctrina que poco á poco le habia ido desenvolviendo el difunto abate en las entrevistas que habian tenido, y que el veneno que contenia era tanto mas terrible, cuanto iba envuelto con el especioso pretesto de volver á dar á la teología su primitivo esplendor y pureza; y como tenia motivo